

Falerio. ¡Ay! el puñal se escapa de mi mano.
 Al ver esa tu faz, tu cuerpo amable
 En vez de traspasarte, impulsos siento
 De estrecharte en mis brazos, Aureliano.
 Aléjate de mí, no quiero verte:
 Y si quieres morir, marcha á la muerte.
Aureliano. Padre, adiós para siempre ¿que le digo
 De tí á mí madre, que en el cielo mora?
Falerio. Por los dioses aléjate, enemigo,
 No martirices mas ¡Ay! desdichado
 Un corazón de padre atribulado.
Aureliano. Adiós entonces, sé feliz y bueno.

(Váse, entra Canidio.)

ESCENA III. *Falerio y Canidio.*

Canidio. El pueblo ruge como ruge el trueno,
 Y se aproxima con triunfante paso
 El padre sol al purpurino ocaso.
 Es hora de morir, que tu hijo muera.
Falerio. No le mates Canidio, te lo ruego
 Por mí, por tí, por la Deidad severa,
 En cuyas aras consagraste el fuego.
Canidio. Romano, ¿de tu jefe los edictos
 Quieres violar? mi mano te lo evita;
 Y si persistes, con tu misma sangre
 Sellarás esa ley con sangre escrita.
Falerio. Si tu lo quieres cuanto sér cristiano
 Haya en Atenas mandaré al suplicio,
 Por tal que no me fuerzes inhumano,
 De mi hijo á consumir el sacrificio.
Canidio. Los que haya y tu vástago execrando,
 Todos perecerán, yo te lo mando.
Falerio. La culpa tengo yo que así me humillo

Al pié de un sér tan vil y tan rastrero,
 Que se arrastra en el polvo y va dejando
 De sangre y lodo fétido reguero.
Voces. Es hora, es hora, el vil á los leones.
Canidio. (En el balcón, arengando al pueblo.)
 Pueblo de Atenas, fiel á tu creencia,
 De la sagrada religión custodio,
 Aplaca tu furor y tu impaciencia,
 Digna ciudad de la Minerva blonda,
 A tu oración y á tu piedad propicia,
 Deja yo de esa víctima responde:
 Hoy triunfará la Olímpica justicia.
Voces. Oh sacerdote del Saturnio, salve.
Falerio. Y si yo no consiento ¿quién te deja
 Prometer como jefe á mis vasallos?
Canidio. Si, tu consentirás, porque Elio pio
 Tiene cetro y poder, Júpiter rayos.
Falerio. Aquí no mandas, sacerdote impío.
 Quiero ver á mi hijo, si, lo quiero.
Canidio. (Se acerca á la puerta lateral y clama.)
 Pretorianos, traed al prisionero.
 (Entran dos solda los trayendo á Aureliano encadenado.)

ESCENA IV. *Dichos y Aureliano.*

Falerio. ¿Encadenado mi hijo? ¿Quién á tanto
 Pudo atreverse?
Canidio. Yo
Falerio. ¿Tú, viejo infame,
 A quien una mujer infunde espanto
 Aherrojas á una víctima indefensa?
 Si quieres poner grillos, ve al combate.
 Está tu puesto entre la plebe inmensa.

Pretorianos ¿que fuerza así os abate?
 ¿A quién obedecéis? yo solo mando
 En éste alcázar; y si yo no ordeno,
 No podeis apresar ni al más infando.
 Soltad á mi hijo ya, si no os agrada
 Probar la fuerza de mi invicta espada.
(Los soldados comienzan á desatar á Aureliano.)
 Sabed que no podeis, si yo no quiero,
 Llevar jamás al circo á mi Aureliano.
 Y no olvideis el ímpetu severo
 De quien hierro y poder lleva en su mano
 Y tú, viejo insensato ¿qué te mueve
 A exitar mi furor? En este alcázar
 Yo represento al César, tu á la plebe,
 En otro tiempo de Atenenses bravos,
 Manada hoy ya de imbéciles esclavos.

Canidio. Medita lo que dices y lo que haces,
 Que ya de Atenas á las puertas casi
 Llegan de Adriano las fulgentes haces.
 Mira este pliego que me manda el César.

(saca un pergamino.)

Falerio. ¿El gran Emperador á tí escribirte?

Canidio. Lee y procura luego reprimirte
(le dá el pliego.)

Falerio. “Sacerdote feliz: quizá mañana
 “A la ciudad arribe de Minerva.
 “Anhelo por mirar la turba anciana
 “De monumentos. que tu edad conserva;
 “Crezcan los dioses y su noble culto
 “En ese pueblo, cuna de las artes.
 “Y de ateos el grupo tan estulto
 “Allí perezca más que en otras partes.
 “Arrancarlos procura del secreto,
 “Y nunca olvides mi último decreto.”

Canidio. Ya tu lo ves; que tu arrogancia es vana;

Y si hoy no mandas al cadalso á tu hijo,
 Quizá los dos perecereis mañana.

ESCENA V. Dichos y Mevio *(entra este.)*

Mevio. Aureliano, Aureliano, no te arrojes
 A la muerte por fin, que desolada
 Mi hija infeliz, temiendo por tu suerte
 No encuentra á su dolor ya lenitivo.
 Como tierna paloma abandonada
 Entre las hojas del pinal esquivo,
 Si brama desfrenada la tormenta,
 Sin calma ni consuelo se lamenta.
 Lleva por ti su noble sacrificio
 Al heroismo, lo renuncia todo
 Por salvarte del hondo precipicio.
 Viola sus votos por tu amor llevada,
 Y su guirnalda de Vestal depone,
 Y su guirnalda de Vestal sagrada
 Hoy á tus plantas por mi mano pone.
(Arroja á los pies de Aureliano una guirnalda de rosas.)
 ¿Quieres su esposo ser?

Canidio. Y ¿se degrada
 A tanto un sacerdote encanecido!

Falerio. Oh si amas á esa niña desdichada,
 Despósala Aureliano, te lo pido.
 Inciensa á las deidades, y te salvas
 Y vivirás feliz y bendecido;
 Y en vez de un hijo, que perder espero,
 Dos hijos amorosos engreido
 Estrecharé en mis brazos placentero.

Aureliano. ¡Hermosa tentación! ¿Qué de las puertas
 Del cielo rodaré como aquel ángel
 A las mansiones del infierno abiertas?

Mevio. ¿Verdad que sí consientes? ¿que al momento

El beso paternal podré yo darte
Y á mi hija débil tu la harás dichosa?

(Levanta Aureliano la guirnalda.)

Oh bendito doncel, mi alma te aprecia,
Triunfa mi hija

(Después de un momento Aure despedazó la guirnalda
y la arroja á los pies de Mevio.)

Aureliano. Un cristiano así desprecia

Los pobres dones de pagana hermosa.
Y dila á tu Vestal, que si Dios la hizo
Tan bella como es de cuerpo, sea
Del alma bella, que cristiana se haga
Y en ese Dios, á quien adoro, crea.
Que si tanto me ama cual yo la amo
(Y sabe Dios ¡ay! cuanto) que esa gracia
Al borde de la tumba la reclamo.
Que su virginidad ya no consagre
A Vesta la gentil ilusionada,
Sino al Dios que yo adoro y la custodie
Como una flor al Numen regalada.
Y si mi amor no olvida, y, como anhelo
Mi consejo obedece placentera,
Allá la espero en el dichoso cielo.
El beso maternal por vez primera
Mi madre la dará, y, en su regazo
La celestial cabeza reclinada,

Mevio. Los dos nos recrearemos suavemente
En en contemplar de Dios la faz sagrada
Y la esencia escondida y refulgente.

(Enjugándose el llanto.)

Mevio. ¡Dulce vas á la muerte;! yo me alejo
Meditando tus dichos misteriosos,
Que el corazón conmueven de este viejo,
Que pretendió cambiase tu fortuna.
Llevo á mi hija, tu adiós y tu consejo.
La diré que la amaste hasta la muerte

Si menos que á tú Dios, más que á otra alguna
Tu adhesión á tu fé por hoy me infunde
Y tu amor tan profundo á la hija mía
En mí mismo dolor no sé que calma:
Quizá tu ignoto Dios será algún día
El Dios de mi hija y la Deidad de mi alma.

Canidio. Es la vejez enfermedad segura,
Y en ese estulto declinó en locura.

(Mevio se retira.)

ESCENA VI. Dichos menos Mevio.

Canidio. En este trance no olvideis, Romano,
De Junio Bruto el memorable ejemplo:
El se postró como ínclito inhumano
De la Justicia en el severo templo.
Vió a sus hijos rebeldes, y de cónsul
Sintió el poder en sus robustas sienes,
Y sin ceder como amoroso padre
Del tierno corazón á los vaivenes,
Del pueblo, que mandaba, á la existencia
Su mismo corazón sacrificando,
Tomó resuelto la fatal sentencia,
Y vigoroso la firmó llorando.
Sus huellas santas á seguir te apresta
¿No le habrás de imitar? y ¿eres Romano?

.....
¿Cual es por fin tu decisión?

Falerio. (Apura la copa que preparó en la escena I y dice:)
Es esta.

Aureliano. ¿Que has hecho? padre, padre ¿tú suicida?

Falerio. Tu sentencia firmar no era posible;
Prefiero dar mi congojosa vida,
Ya que es la cruda ley irresistible.

Aureliano. Y ¿te alejas de mi alma para siempre

Y á mi madre y á mí nos dejas solos
Allá en el Paraíso sempiterno?
Cree en Jesucristo, mi consejo toma,
Y juntos partiremos, tú cristiano.

(se desploma.)

Falerio Muero como hijo de la heroica Roma,
Adiós, Adiós, intrépido Aureliano.

Aureliano: ¡Padre infeliz! Por siempre nos separa
La distancia infinita del averno.
El hombre fuerte, que mi madre amara,
Ya nunca más la sonreirá tan tierno
Como en pasados venturosos días:
Son humo, viento y pavorosa nada
De este mundo las breves alegrías.
Nunca jamás contemplarán mis ojos
Ese tu rostro de vivaz mirada.
Veré por fin tus últimos despojos.

(Abraza el cadáver.)

Y ¡un réprobo acaricio entre mis brazos?
¿El alma de este cuerpo es ya precita?
¡Mi pobre corazón se hace pedazo-!

Canidio. Pretorianos, llevad á ese mancebo
Al circo, que perezca entre las fieras.
Y obedeced, que, si á mandar me atrevo,
Me apoyo en estas letras justicieras.

(Muéstrales la carta)

Ved el sello imperial. Muerto el Procónsul,
Yo, que tengo de Adriano la confianza,
Tomo la autoridad; y, si rehusais
Obedecer por negra desconfianza,
Os habrá de pesar, que se aproxima
Acá el Emperador, y su llegada
Más que á nadie en Atenas me sublima.
El pueblo ya en el circo vocifera
Al ver que el sol descende presuroso,
Y ruge hambrienta la asusada fiera

En su cárcel estrecha sin reposo.
A ese cadáver rígido mañana
Podreis hacer los fúnebres honores
Con pompa militar, pompa Romana,
Conforme de vosotros lo merece,
Que fuisteis sus leales servidores.

(á Aurel.) Pensé tronchar con el talento mío
Solamente tu pérfida cabeza,
Y de Atenas el solio esta vacío.

Aureliano. Eres con tu satánica vileza
De la ambiciosa humanidad imagen;
No importa al hombre de avaricia lleno,
Loco sin paz por levantarse un trono,
Nada le importa el asentarle en cieno.

Canidio. Es que ha triunfado mi robusta ira,
La mitad no transcurre de una hora,
Y estarás en el circo vergonzoso
Entre la muchedumbre burladora.
Ya el león agitando furioso
Sus guedejas en turbia polvareda
Te acomete, ya escucho jubiloso
Crugir tus miembros como rica seda.

A tus ayes responden infinitos
Sarcasmos de la gente, y me creo
En escuchar tus lastimeros gritos.
Y mañana cumpliendo mi deseo
Adriano llegará. Millares de almas
Le cercarán, sin fin victoreando;
Y yo su paso de triunfales palmas
Iré glorioso y plácido alfombrando.
Y en aquestos salones Ateneos
Pondré á sus pies de mi fatal victoria
Los terribles y lívidos trofeos;
Y ya feliz me cercaré de gloria.
¡Mis trofeos! Tu pérfida cabeza

Y de tu padre la infamante historia.
 Habrá un Procónsul, á mi prez sujeto.
 Y quizá no muy tarde Mevio y su hija,
 Tu amante, morirán á mi decreto.

Aureliano. ¡Oh! Dios lo quiera y tu rencor lo exija.
 Reinarás entre falsos, entre viles
 Por breve tiempo, en crímenes ceñido,
 En tanto que del cielo en los pensiles
 Yo vivo entre los justos escogido.
 Y en tanto que tú arrastras una vida,
 Que no envidiara ni el servil gusano,
 Presencias la horrorosa despedida
 De tu culto sacrílego y profano,
 Y atribulado y con despecho gimes,
 Me circuyen los ángeles sublimes.
 Desde hoy tu saña y tu rabioso encono
 Y todo cual cristiano te perdono.
 Ya las arpas angélicas resuenan;
 Y á la región de perdurable calma
 En medio de sus célicas canciones
 Envuelta luego subirá mi alma
 De la tarde en las dulces oraciones.
 (Envía compasiva mirada al cadáver de Falerio, y sale
 conducido por los Pretorianos)

TRADUCCIONES DE HORACIO

DEL LIBRO PRIMERO:

ODA I. A MECENAS.

Mecenas, nieto de abuelos reyes,
 Mi honra grata, refugio mío!
 Hay quienes gozan cuando en su carro
 Polvo de Olimpia ya recogieron,
 Y si, evitado rozar la meta
 Con rueda hirviente, la palma noble
 Dioses los hace del mundo dueños.
 A este le place que la Romana
 Turba versátil por ensalzarle
 Con tresdoblados honores pugne;
 A quien guardara en la propia troje
 Cuanto en las eras de Libia barren
 Y que se paga de ir escardando
 Las tierras caras de sus abuelos,
 Ni con Atálicas opulencias
 Harás que hienda la mar de Mirto
 En tabla Cipria pávido nauta.
 Si Abrego teme en Icarias ondas
 El mercadante, del pueblo suyo
 El ocio y campos elogia; y presto
 A la pobreza rebelde siempre
 Los quebrantados buques repone.
 Quien no desdeña Másico añejo,
 Ni gastar parte del útil día
 Bajo el madroño ya recostado
 O ya á la fuente de sacro arroyo.